

## Odiseo regresa



Decía Eduardo Nicol que la poesía es un verbo *que echa lumbre*. En un maravilloso y memorable texto<sup>1</sup> nos recuerda que fueron los griegos quienes tuvieron el tino de designar, con una misma palabra, lo que es a un tiempo obra, creación, producto. La poesía conecta con la vida; es fuego que a la vez calienta y consume. Si hemos de hacer caso a Platón, el poeta es *obrero de las palabras*, artífice de un canto que dice más de lo que enuncia. A través de la poesía el poeta se hace presente, da fe de sí mismo, justo cuando nos invita a una degustación de su palabra.

Blanca Álvarez Caballero es una joven poeta del Estado de México, pero su juventud contrasta con su madurez intelectual, su disciplina y su talento. Ella crea y *crea* en el poder creador de la poesía; en la posibilidad que tiene ésta de callar diciéndolo todo o de decirlo todo aun en el silencio más temible. Los poetas son, a su manera, profetas. Encierran en su palabra una sapiencia que conjuga el saber con el sabor. La palabra del poeta es sávida. Así, no sólo *pre-dice*, sino dice; no sólo anticipa o enuncia lo que ha de ocurrir, sino que, a partir de las situaciones vitales

Blanca Álvarez Caballero,  
*Odiseo regresa*, Toluca, Instituto  
Mexiquense de Cultura/Biblioteca  
Mexiquense del Bicentenario, 2008.

1 Nicol, Eduardo (1990), *Formas de hablar sublimes. Poesía y filosofía*, Universidad Nacional Autónoma de México.

en que se halla, edifica su *experiencia verbal*. La poesía es oficio divino y cosa de palabras.

Blanca Álvarez recupera en éste, su más reciente poemario, la imagen de Odiseo, el personaje principal del poema épico atribuido a Homero. Odiseo es un hombre rebelde, un héroe que se atrevió a poner en tela de juicio la fatalidad del destino. El rey de Ítaca —Ulises, según la tradición latina— es arquetipo de héroes, legendarios y hombres que han aspirado a la divinidad al asumir pero, ante todo, intentar suprimir o superar su simple condición de mortales.

Pero poesía es literatura y literatura es ficción. Por ello, en este texto el ansiado regreso del esposo de Penélope y padre de Telémaco se desvanece ante la posibilidad de sucumbir a los encantos de Circe, quien “Para que Ulises no deje su regazo / lo retiene con besos y miradas, / con suavidad de senos como dunas”. Y quien, como nos hará pensar la autora, se tiende con él, como el oleaje, a dorarse de sol, a frotarse los cuerpos con los labios, a brotar entre brazos.

Circe desea al moreno de marfil, al marino que a pesar de su mortalidad —o, peor aún, *por ella*— embelesa y hechiza. “Sirena de los senos marchitos”, Circe ve eclipsada su felicidad por el navío que a la mar se echa. “Ungida en sal de arena soy luna despeinada gozando tu partir”. Pero el gozo es tormenta, insomnio, soledad, *quimera*. Y es que “Abro ventanas absortas por tu espera. / Expurgo de mi cuerpo tu figura de vaho complaciente; / penosa necesidad de hacer el amor con un espectro”.

*Odiseo regresa*, pero ¿a dónde?, pero ¿con quién?, pero ¿por qué? Sin duda no es Penélope a quien ha de abrazar el perdido, ni Ítaca la patria que aquél busca, tampoco es el amor que lo liga a la tejedora —que ahuyenta pretendientes— lo que lo lleva al mar. Es Circe, con sus islas, con su boca desierta, con su mirada tibia y sus montañas blancas y carnosas, quien lo deslumbra. Es ella quien lo ansía y con sus pechos lo ata:

Si pudiera arribar a tu pecho cualquier tarde,  
desnudarte los pliegues que te estorban,  
escucharía latir tu corazón quizá despacio.  
Si pudiera acercar tu mano hacia mi hombro,  
lentamente tus labios a mi cuello.  
Si sintieras mis piernas tacto a tacto,  
si al rozar tus cabellos mis mejillas  
el anhelado beso pudiera resurgir.

Circe, entristecida, rota de alguna parte, incompleta, vacía, anhela el regreso del aqueo y, como maga, aplaza el regocijo y encalla el sentimiento. Mientras tanto, “El marino broncea su espalda de deseos. / El marino que moja los labios de su hembra. / Mientras ella, que es la otra, / sólo puede admirarlos desde un triste balcón.”

*Nadie* llega hasta ella. Pero *Nadie* lo es todo. El “fecundo en ardides” es ilusión, engaño, espuma de un oleaje que se esfuma, pero es también

el vencedor del Cíclope, el osado aventurero que emprende un viaje hacia sí mismo y se descubre hombre, mezcla de razón, honor y pasión. Circe lo embruja al cerrar sus párpados, al mandarles besos que musitan deseos. Ulises queda rendido y silenciado, Penélope ha de esperar o aprender a dormir sin él junto a su lado.

*Odiseo regresa* es un texto que da cuenta de la pasión y el desconsuelo, de la añoranza y el recuerdo, del quebranto y del amor vuelto delirio. Habla, también, del retorno truncado, de la fidelidad negada, del engaño como posibilidad, de las mentiras que, sin ser piadosas —quién sabe qué diablos sea eso— hacen soportable la vida.

La poesía de Blanca Álvarez nos convida a degustar el sabor agridulce de la existencia. Es una exhortación para aceptar lo mismo una caricia, que una bofetada adormecida. Lo mismo un beso tierno o suave, que la mordida que da Dios a nuestra vida todos los días.

La palabra de la también autora de *Amanecer incierto y solitario* y *Ausencia del marino*, constituye una exaltación a la vida. ¿La vida? Sí, la vida, y el amor perdido, la risa fingida, el silencio y la brisa, el rencor enmudecido, el tiempo, el temor, incluso la desdicha. Por eso dice: “Me cuelgo de las redes del silencio, / de los susurros de aves negras que se burlan y repiten: / —Nadie se aleja, ¿qué más da?”

Los poetas, dice Heidegger, son aquellos mortales que, cantando con seriedad al dios del vino, perciben la huella de los dioses huidos. Ser poeta en tiempos de penuria, como pensó Hölderlin, es atreverse a decir que la vida no ha perdido el sentido, porque “Cómo decir que algo se acaba / si nadie sabe cuándo existe”.

Ser poeta es oír el amor en los labios cerrados. Es soñar en medio del insomnio. Es no llorar aun derramando lágrimas. Poesía es renuencia, pero no renuncia:

Tú no te has ido, Ulises, no te has ido.  
Quisiera que te fueras,  
que emprendieras el viaje sin retorno  
por esas Ítacas que sólo tú conoces.  
Pero no es cierto que ya te hayas marchado  
cuando los dos sabemos que el sol aquí te espera,  
en la ventana.

Ser poeta es aferrarse a la existencia. Es beber a *cuentagotas* la vida, es reafirmarnos en el amor y renacer de nuevo. Por ello, Blanca Álvarez nos expresa: “Mira las cosas / que se van. / *Recuérdalas*, / pues volverás / a verlas / siempre”.

Ser poeta es dar a comer los propios labios, navegar por las manos, por la boca, escurrir por la espalda, escapar, llegar hasta la tierra como larva. Ser poeta es viajar, como Odiseo, en busca de buen puerto, o naufragar en medio de nuestras ilusiones y desvelos. LC

